

duermen toda la noche, y se levantan al canto del gallo, y aun otras veces muchas de noche, y madrugan antes del día, á lo menos con él; porque esta edad trae consigo acostarse temprano y levantarse temprano, porque el día y sus negocios les cansa, y la noche y sus vuelcos y dolores mas. Y así, toda la vida les es enfadosa. (Lo mas alto temerá el camino); esto es, que el alma andará con espantos viéndose cerca de caminar, esto es, de la muerte. (Florecerá el almendro); estas son las canas de cabeza y barba. (Y engrosarse ha la langosta); que es, endureceráse el cuero como corteza ó como costra de langosta de la mar, lo cual procede de la sequedad. (Y desbaratarse ha el alcaparra, porque irá el hombre á la casa de la eternidad), ó á su casa eterna. (Y rodeáranle quien le llore); esta cláusula tienen por difícil los expositores, pero todos convienen que es la muerte, porque unos lo echan á enfermedades secretas y que los que lloran son los ojos, que cuando le lloran al viejo es de la flaqueza, y por eso en los muy enfermos es cierta señal de muerte cuando las lágrimas salen sin licencia ni ocasion. Otros, que el desbaratarse el alcaparra ó su mata es abrir la sepultura; porque los naturales dicen que es amiga de nacer en los sepuleros, por ver que nace en los campos, donde antiguamente, así judíos como gentiles, solían enterrar sus muertos, y aun Aristóteles pregunta por qué el alcaparra nace en lugares incultos y huye de los labrados, buscando por la mayor parte los sepuleros. Y así da la razon el Sabio de lo que ha dicho: (Porque es tiempo de partir á la casa propia, que eternamente ha de durar). Luego vuelve á las miserias de la vejez, y dice: (Antes que se rompa el cordoncillo de plata, y se encoja la venda de oro); el cordoncillo de plata es el meollo del espinazo, redondo y blanco, de donde nacen muchos nervillos, que traban todo el cuerpo; y rotos estos, es la perlesía en casa; y porque los viejos por la sequedad y por redundancia de humores gruesos padecen en los nervios, por eso es ordinaria en ellos la perlesía. La venda de oro es una tela en que el cerebro se envuelve á manera de venda, y llámase de oro, no por el color, sino por el precio; porque, segun los mas nobles y principales médicos, mas parte tiene en la virtud de los sentidos que el mismo cerebro, con el cual está tan pegada, que enjuto el cerebro, se arruga ella y se encoge, y apartándose del cráneo, luego se seca y se hace el hombre calvo. Así, que lo que dice es: Antes que vengas á tener perlesía y te vengas á hacer calvo y flaco de sentidos. (Antes que se disminuya la tinajuela ó cántaro sobre la fuente, ó se quiebre la rueda sobre la cisterna); esto pertenece á los males de urina, que no hay necesidad de averiguar en particular y por menudo, solo basta saber que son enfermedades que duran pocos dias los que las tienen, unos mas y otros menos; pero segun los médicos, pocos llegan al catorceno. Y así, añade: (Y se vuelva el polvo á su tierra, de donde salió, y el espíritu á Dios, que le dió); que hasta entonces duran estos males. Esto es lo que dice el Sabio para entender parte de los trabajos de la vejez, que todo junto en buen romance quiere decir: Acuérdate de tu Criador en los dias de tu juventud, cuando tienes salud y fuerzas, antes que venga el tiempo de la afliccion y

se acerquen los años de quien digas que no querrias vivir; antes que se te acorte la vista de día y de noche, y te fatiguen crudezas, reumas y corrimientos; cuando se alteren y enflaquezcan los sentidos y anden temblando las piernas y rodillas, y tengas pocas muelas, y sin provecho, y los ojos se escurezcan; antes que se cierren las puertas de la boca á suplir la falta que los dientes harán á la voz, que por eso saldrá flaca, y te hayas de levantar al alba, y andes sordo de los oídos; antes que te vengán los temores de la vecina muerte, y te salgan cañas y se te endurezcan los cueros, y al fin te abran la sepultura y te lloren los vecinos, deudos y amigos; antes que se te rompan los nervios y quedes con perlesía y se arrugue la tela del cerebro, y antes que te vengán aquellos incurables males de urina, y por este camino te resuelvas en polvo, de do fuiste formado, y tu alma vuelva á poder de quien te la dió.

No son solos estos los males de la vejez, si se cuentan otros mil que saben los que los experimentan, especial el no tener remedio dellos sino con sola la muerte. El despedirles el mundo, todos parece que hacen mofa del viejo. No le admite el mundo á consejo ni conversacion, mayormente es del todo deseclado y estimado en poco cuando no responden las canas con las obras. Pues el dolor de ver el mundo perdido; porque, como él va de mal en peor, no hay viejo que desde su mocedad no sienta la diferencia, especialmente en comunidades donde se ha criado, que es uno de los mayores tormentos que puede sentir; que como dice el *Eclesiastes*, el que mas sabe del mundo, etc. Y aun Ciceron con la experiencia alcanzó esta sentencia. Finalmente, dice en el mismo lugar Ciceron: ¿Qué cosa es ver un viejo temblando, podrido, acorvado, sino un muerto vivo y un vivo muriendo? Pues miradas unas y otras cosas, y el poco remedio que hay en ninguna dellas, y que todas ó las mas se hallan en cualquiera de los viejos, con razon gastamos un discurso en su consuelo, y nos alargamos mas en él que en otros por ser mas general trabajo y de mayor necesidad.

§. II.

De los consuelos de la vejez.

Miserable cosa es la inestabilidad de los deseos del hombre, que todo su deseo es llegar á la vejez, sus temores no llegar, y sus desconsuelos y lágrimas en llegar: monstró increíble si no fuera tan comun; todos quieren ser viejos y nadie lo quiere ser; antes el serlo lo tienen por miseria y el decirselo por injuria, como si fuese deshonor el haber vivido, y nadie se escapa desto. De aquí los dientes postizos, la barba teñida y afeitada como mozos, los trajes livianos para aquella edad. Un viejo á un amigo que después de muchos dias le dijo: Viejo estáis, y téngoos lástima, que quisiera veros como os vi la última vez; respondió: ¿Tan poco loco os parezco, que me queráis desear mas locura? Ruégoos que no me hayáis compasion porque soy viejo, habémela porque fui mozo. La majestad desta sentencia no la puede entender sino el que de ambas edades tiene experiencia. Mas vale á un bueno y discreto un dia destes que tú lloras que tienes, que un año del que alabas, pues que el refran dice: No es el mal haber en-

vejeido, sino solo haber vivido. Así como Dios puso consuelo en el mundo para todos los males, así ordenó muchos para los muchos y mayores. Y á esta cuenta tiene el mal de la vejez muchos, aunque no parece que tenia necesidad de ninguno lo que tan de veras en toda la vida se desea, como ella, y tanto nos curamos de las enfermedades y nos guardamos de la muerte por llegar á ella. En eso se ve para qué queriamos que llegase la vejez, y cuán mal empleada ha sido la vida pasada, pues se te ha hecho tan breve. Si dices que ha venido mas presto de lo que pensaste, bien parece que la pasabas en contentos, pues se te hizo breve, y en pecados, como á los del infierno; que si en trabajos y penitencia la pasaras, larga se te hubiera hecho, como á los que dice la Escritura hablando de en cuánto trabajo se verán con el castigo de Dios los que no guardaren su ley. Dice que comenzando el dia desearán ver la noche, y comenzando la noche desearán ver el dia, para ver si con esta mudanza la habrá de su trabajo, el cual les alarga los dias y las noches. Lo mismo dice Job, que esta vida es una pelea y continua lucha, y que andamos en ella contando las horas, deseando que se acabe, no menos que el esclavo, trabajando y caminando, desea llegar á la noche, y lo mismo el jornalero desea la tarde para descansar. Así dice Job que tuvo él las noches y dias trabajosísimos, de suerte que cuando iba á dormir se acostaba con este lipo, ¿cuándo me levantaré? Y cuando se levantaba tornaba á desear la noche, lleno de trabajos y dolores hasta que anochece. Pero al que le parece que la vejez ha venido presto, no ha vivido con mucho trabajo, y por eso bien le viene el tiempo dellos, que es la vejez; porque si fuiste y eres bueno, presto lo gozarás; y si malo, tiempo es de emendar la vida y hacer penitencia. ¿De qué te quejas? Cuando vivias ó pensabas vivir hácia atrás ó quedar siempre en la edad de veinte y cinco años, allí se ve cuánto amor tienes siempre á los deleites de la mocedad. Buenos deleites son los del alma, que no se acaban sino con ella, y ella no se acaba, y siempre la acompañan. Los del cuerpo cuando vienen traen pecado, cuando se van dejan lágrimas y vergüenza: los primeros goza la vejez. Ni tiene canas el alma ni rugas, compon su rostro. Con las rugas y canas, pocos dientes y fealdad, ahorrarás de vanidad, de espejo y del deseo de ser visto de mujeres, y hallarás aquí mejor lo que debes desear, y pondrás los pensamientos donde los has de poner. Si te parece que pasaron los mejores dias, todos son buenos para lo que fueron criados, y los mejores son estos, y los demás malos para tí; solo tienen de bueno haberse pasado. Así que, si te parece que vino apriesa lo que deseabas, que era la vejez, no vino sino despacio, sino que á los desaparecidos y desacordados todas las cosas vienen repentinas; y al contrario, si habias de llorar la vejez, tarde comenzaste; desde luego pudieras, pues venias por el camino della; y si entonces la pensaras, no la sintieras agora. ¿Fáltante las fuerzas? Si son las del cuerpo no me espanto, pero las del ánima no faltarán, antes serán mayores; que el bienaventurado san Pablo dice que aunque el hombre exterior se corrompa, pero el interior se renueva. Así que, estas no faltan, que son para obras de viejo, sino es que quie-

res las de mozo, y es fealdad. Como la de un viejo romano, que mandado del Príncipe que no trabajase, por ser viejo y rico, sintiólo tanto, que se tuvo por muerto y que su casa le tuviese por tal: tanto le dolía no trabajar. Como la vejez sea el descanso de los trabajos y la quietud y el ejemplo della, y parezcan mal los viejos inquietos y bulliciosos.

Y cuando no hubiera otro bien sino ser la vejez correo de Dios, con quien te avisa que la muerte está cerca, se habia de abrazar con gran contento. ¿Cuánto deseamos saber, poco mas ó menos, el tiempo de nuestro fin? Cuánto agradecemos á Dios las señales del juicio que vengán amonestando, aunque tan terribles? Pues no hay cosa que con tanta certeza nos avise de la muerte como la vejez; porque, demás de los muchos ministros que trae consigo y el estrago que viene haciendo, no se partirá ella de nosotros hasta que nos ponga con la muerte que anuncia. Y así como un dia de gran fiesta el sacristan de una iglesia la adereza y atavia cuanto puede, que cuando viene la misa y vísperas es gloria entrar en ella, y á puesta de sol la descompone y desatavia, y es señal que se acabó la fiesta; así el tiempo cuando somos niños nos atavia para pasar la fiesta desta vida, poniéndonos dientes y muelas, sin las cuales nacimos, disposicion del cuerpo, fuerzas, barba, color y otras cosas; y al cabo á la vejez lo torna todo á quitar, porque entendamos que se acabó ya la fiesta desta vida; pues sabiendo que ella se ha de acabar, ¿qué mejor nueva que irnos avisando poco á poco para que aderecemos el camino? Qué mas pudo nadie desear? Ya conozco yo alguno que desde mozo se lo rogó muy de veras á nuestro Señor que le dejase llegar á la vejez, y no lo hacia tanto por vivir cuanto por lo que ella trae de provechos; que ya decia él á Dios que por dar á entender bien su deseo, que le pasase de treinta á sesenta años, sin pasar por los de en medio; esto es, que le pusiese luego en aquella flaqueza y enfermedad y trabajos que suelen tener los viejos, y canas y lo demás, y en la vecindad de la muerte; porque en esto ganaba no tener ya ocasion de dilatar la penitencia, ganaba los desengaños desta vida, que hasta entonces no quieren venir de asiento, ganaba el buen conocimiento y sciencia que se alcanza con la experiencia; porque, aunque el refran dice que libros, caminos y dias hacen al hombre sabio, pero mas los dias que lo demás, porque estos enseñan por experiencia, que es madre de todas las sciencias; como el Sabio aborrece el viejo imprudente, por la ocasion que tiene de ser sabio. Ganaba la mortificacion de las pasiones y el fin de los cuidados dél. ¿Qué ha de ser de mí? No saber tan mal la muerte, y antes el deseo della, de puro cansancio de la vida. Y no sola esta persona, sino David lo rogaba á Dios en un lugar: No me llames, Señor, en medio de mis dias. Pues si ella es mensajera de la muerte de parte de Dios, y que trae consigo tantos ministros y ejecutores della, y nos deja el ánimo fuerte y desembarazado para aparejar el camino, ¿qué mal nos hace esta edad? Y ¿por qué tendrémus con ella desconsuelo y no nos holgarémus con ella? antes la abracemos con alegría, mayormente que de fuerza ó de grado nos ha de acompañar hasta morir.

Y pues tantas razones hay de consuelo, y mas las que corresponden á los buenos pensamientos y deseos, enviados á los viejos, ¿qué razon hay de vivir desconsolados, sino tratar con alegría de aparejar su camino, recorrer la vida pasada, como es oficio de los mismos viejos, cuando viene la noche tomar una vela y recorrer todos los rincones de su casa, no se le haya quedado algun ladrón que le robe al tiempo del dormir? Mira no se te quede algo por hacer en tu conciencia, que con la larga vida tiene muchos rincones, y ha andado en ella mucha gente y ruido de negocios. Esto puede mejor un viejo hacer, pues todos son ya acabados; que esta es la razon que Eusebio Emiseno da de por qué el pensamiento de la muerte es mas profundo en los que se mueren que mientras viven, y dice que al triste pensamiento de la muerte en salud no le han dado puerta para negociar despacio sus negocios con nuestro corazón, porque los negocios del mundo eran tantos y tan favorecidos, que se le impedían; pero que al tiempo de la muerte, como ellos van despedidos como impertinentes, para lo que allí es necesario (de do viene que el enfermo no admite negociantes ni deudores ni pleiteantes en aquella hora, aunque le sean de interese y importancia; todos los impide el de la muerte), así entonces este pensamiento se apodera á su contento de todos los rincones del alma, y negocia como quiere. Pues por esta mesma razon digo que el viejo tiene mas lugar, porque los pensamientos y negocios de corte, hacienda, pretensiones han dado ya lugar; y así, con facilidad puede y con espacio tratar de su parlada. No sé yo lo que otros sienten; podrá ser que les haga ventaja en que he leído mejores autores y libros que ellos leerán en este; pero de solo haber tratado y estudiado y escrito este discurso quedo tan consolado y alegre con mi edad, cual deseo que todos lo queden, después de leído, con la suya. En conclusion, estos consuelos son bastantes para el bueno, que el que se está verde y mozo de pensamientos, sin tenelle de salvarse, busque consuelo do pudiere, que aquí no sabemos dársele; que el consuelo se hizo para el que no puede remediarse; pero hay algunos que no quieren consuelo, sino remedio para no morir. Séneca dice: El codicioso de ponzoña, hasta las heces se la sorbe. Así es el codicioso de vivir, el cual ni aun en la última vejez quiere morir.

DISCURSO IX.

De los consuelos para los tristes, por su salvacion, por ser en el Evangelio pocos los que se salvan.

Muchas personas hay que por la duda que tienen de su salvacion viven tristes y desconsolados, y á la verdad es buena señal vivir con este cuidado y darles pena, porque es señal del buen deseo de su alma; son estos en dos maneras: á unos les nace de la duda de su predestinacion, diciendo que no saben si están en el número de los escogidos de Dios, y que saben cuán grande y cuán cierto mal es no ser del número dellos; y destos trataremos en el discurso que se sigue, aunque la materia dél y la deste, con ser muy diferentes, son algo parecidas; y así, se podrán ayudar una á otra con sus razones; otros tienen este pensamiento por haber oido

decir cuán encarecidamente en toda la sagrada Escritura, especialmente en el Evangelio, se dice cuán poquitos son los que se han de salvar; y de ahí vienen á temer que no deben de ser dellos; y á la verdad, considerado cuántas veces y con cuánta ponderacion se dice en la sagrada Escritura: No habrá hombre tan justo que no le tiemble la contera, mayormente que es negocio tan importante como caer á la parte de ser bienaventurado; como Dios, ó ser el mas miserable de todas las criaturas. Preguntado un dia el Señor de sus discípulos si son pocos ó muchos los que se salvan, no les dijo ni sí ni no, sino: Procurad de entrar por la puerta angosta, porque os digo que es muy estrecho el camino que lleva á la vida, y pocos atinan con él, y ancho y espacioso el del infierno, y muchos van por él; y como el que sabia, sin errar solo uno, cuántos son los que se salvan, viendo que van tan poquitos, con un suspiro, mirando al cielo, dijo: ¡Oh cuán ancho y espacioso es el camino de la perdicion! Y aunque el Señor no lo quiso decir mas claro, harto lo dice el Espíritu Santo en muchas partes; porque, como cosa tan importante, en todos tiempos y lugares quiso que se predicase y supiese; porque, si con saberse esta verdad somos tan negligentes, ¿qué fuera si pensarán los hombres salvarse todos ó condenarse pocos? El bienaventurado san Crisóstomo, predicando un dia á los de Antioquia, dijo una palabra muy espantosa: ¿Cuántos pensais que se salvan en esta ciudad tan populosa? Triste cosa es la que voy á decir, pero diréla: No puedo hallar en tantos millares, cien personas que se salven, y aun de esos tengo duda. Cierta es gran ponderacion, en una ciudad tan grande y teniendo tal prelado y tal doctrina; pero mas lo pondera el apóstol san Pablo cuando dice que lo que antiguamente pasó en el pueblo de Dios era figura de lo de agora, y que no todos entraron en la tierra de promision, aunque iban guiados de Dios; y era figura de los cristianos de agora, que en comparacion de los que se condenan, son dos en comparacion de seiscientos mil, no contando mujeres ni niños. Y no sé si es mas ponderacion la del diluvio, que san Pedro dice que fué figura de los que se han de salvar; y allí fueron solos ocho de todo el mundo; con lo cual conuerda lo de Esaias: Esto habrá en medio de la tierra (hablando del dia del juicio): como el rebusco de los olivares ó viñas acabada la cosecha, así quedarán los escogidos. Cosa es que todos entendemos, viñas hemos visto y olivares; sal tú á pasearte después de la cosecha, y apenas verás una aceituna ni un grumito de uvas, sino cuál ó cuál que la mano codiciosa del vendimiador no vió ó no pudo alcanzar; de esa manera dice que serán los que se han de salvar, y todo lo demás á cargas llenas irá al infierno. En la piscina uno solo sanaba. San Pablo dice que entre los que corren uno solo lleva la joya, para significar cuán pocos salen con ella; y aunque tambien dice el Evangelio que en las bodas uno solo fué echado y conepado á las tinieblas, por no tener allí vestidura de boda, esto no se dijo sino porque en aquel estaban cifrados todos los malos; porque para el mal todos se hacen á una, y al revés, al bien no hay quien los junte, cada uno va por su parte á diferentes contentos y intereses; lo cual ha-

cen al contrario los buenos, que para el bien son á una y al mal no los hallan. Así que, en aquel uno está encerrada la multitud, que acá se dice, de los condenados. Pues cuando en Ezequiel mandó Dios que un ángel señalase con el Tau á los que no habian de ser muertos, con ser seis ángeles los que apresia hacia la matanza, y uno el que señalaba, tenían ellos mas que hacer que él solo, en que se significaba lo propio. Pues no ha quedado por revelaciones, porque el dia que san Bernardo murió, segun se dice, fué revelado á un monje que habian muerto treinta mil personas, y que solo san Bernardo y el que lo revelaba habian quedado salvos. Y á otro obispo de Paris apareció un maestro, y dejadas otras cosas aparte, le dijo que estaba por sus pecados en el infierno: y preguntó al obispo si se habia acabado el mundo, y el obispo dijo que por qué lo preguntaba, y él respondió que era tan innumerable gente la que aquellos pocos dias habia bajado al infierno, que le parecia imposible quedar nadie ya sobre la tierra. Pero en buena razon cabe lo que decimos, porque claro se ve que los que conocemos al Salvador, en comparacion de los que no le creen ni conocen, somos poquitos en este rincón, comparados con todo lo poblado de Africa y Asia y lo de Europa y los indios que están por descubrir, que es casi todo el mundo, y ninguno dellos se salva, pues no hay nombre debajo del cielo que tenga virtud de salvarnos sino el de Jesucristo nuestro Señor, que solo es predicado y conocido en la Iglesia, fuera de la qual no hay salvarse nadie, como antiguamente fuera de la arca de Noé; pues de los cristianos, que son los que hallaron y atinaron con el camino, ¿cuántos son los que le andan hasta el fin? Unos le hallan y se quedan con solo hallalle, otros desmayan ó emperezan después de comenzado; al fin, pocos llegan al fin dél, pues el Señor dice que aun los que le hallan son muy pocos.

Pues aclaremos mas esto. Ya se sabe que este negocio ni ha de ir por favor ni por ruegos ni dineros, sino por la ley de Dios; el que la guardare, quien quiera que sea, será salvo; y el que no, séase quien quisiere, se condenará. San Pablo dice que los que sin ley pecaron serán juzgados sin ley, que son los moros y gentiles; y los que pecaron dentro en la ley por ella serán juzgados. Y el símbolo de Atanasio dice, y se concluye con esto: Los que hicieron buenas obras irán á la vida eterna, y los que malas al fuego eterno; y sin esto, la fe ni el bautismo no les aprovechará sin las obras; siendo capaces de hacellas. Pues veamos agora cómo se guarda la ley de Dios en el mundo, qué groseros y cuán salvajes hay algunos hombres en algunos lugares pequeños, qué disolucion en las ciudades, qué desconcierto en todos estados, cuán viva y cruel la ambicion y la avaricia, qué desvergüenza en la sensualidad, qué poca verdad, qué agraviados los pobres, qué lisonjeados los ricos y qué disimulados sus pecados; qué poca caridad y menos restitucion de honra y fama, de robos y de coechos; qué poca penitencia y enmienda de vida; ¿quién hay que haga escrúpulo de llamar necio á su prójimo? Pues ¿de eso haceis cuenta? Pues Cristo la hace tanto, que para el dia della será condenado al fuego eterno. ¿Cuántos hay tan limpios que si quiera no miren mal á una mujer

casada, ya que no se atreva á mas por la honra ó por la justicia? Pues eso, dice el Evangelio, ¿qué es sino interior adulterio, que se ha de castigar con infierno? ¿Cuántos hay que no juren mil juramentos sin vergüenza ni advertencia aunque se lo avisen? Pues esto tambien es camino de infierno. ¿Cuántos se pasan sin envidia de su prójimo, sin avaricia y codicia desordenada? Cuántos perdonan injurias y vencen con la facilidad debida el furor contra quien les agravió? Pues si estos males son argumento de pocos salvos, ¿qué será los mayores que estos, que tanto se usan en el mundo? Que solo podria tener por excusa ser tan comunes como dañosos; lo cual no excusa á nadie, pues no le mandaron ir al hilo de la gente en las costumbres, antes el Sabio manda apartarse della: No peques en la multitud y canalla de la ciudad; como quien dice: No te atrevas á pecar por ver que pecan muchos. Así que, bien mirado, apenas hay quien guarde la ley de Dios en todos los estados; de lo cual se espanta Jeremias, diciendo: Andad por todas las calles de Jerusalem y mirad con atencion, y buscad un hombre que haga el deber y guarde lealtad, etc.; cuanto mas en el tiempo de agora, que creciendo las mercedes de Dios, ha crecido la desvergüenza. Por eso llama la Escritura á los que se salvan piedras preciosas, que en respeto de los peñascos y otras piedras son muy pocas y raras, y por eso preciosas.

Pues si así es, no me espanto de quien dijo que, considerado esto y cuán pocos se han de salvar, que le fuera mejor al hombre no haber nacido que vivir á tanto peligro, pues á esta cuenta saca que aun de los cristianos apenas se salvará uno de mil; al cual, entre otras cosas le movió un lugar de Esdras, que parece que dice lo mismo con despecho. Dice allí: Después de haber echado de ver los pocos que se salva, y dicen: Esta es mi razon primera y postrera, que si esto habia de ser, mejor fuera no haber dado á Adan la tierra, ó ya que se la dió, habelle que no pecara; porque ¿qué aprovecha á los hombres vivir en tristeza, y muertos, esperar el castigo? ¡Oh Adan! y ¿qué has hecho porque tu condenacion no fué solo tuya, sino de todos nosotros, que de tí nacimos? Qué nos aprovecha habérsenos prometido vida inmortal, si nosotros hacemos obras de muerte? Y ¿qué sirve habérsenos dado perpetua esperanza, si nosotros nos hemos tornado malos y vanos? Y ¿qué aprovecha tener aparejadas moradas de salud y seguridad, si nosotros las desmerecemos con malos tratos; haber la gloria de Dios amparado á los que, aunque tarde, entran por su camino si nosotros andamos por el de los vicios; y haber descubierto el Paraíso, cuyo fruto es sin corrupcion y con seguridad y medicina, si nosotros no queremos entrar, sino por andar por trabajosos caminos? Y ¿qué aprovecha haber de resplandecer mas que las estrellas los rostros de los que siguieron la abstinencia, si los nuestros quedarán negros mas que la noche? Así que, los que profundamente vienen á considerar este negocio, les parece que fuera mejor no haber nacido, pues lo dijo el Redentor de uno que se condenó. Pues á esta cuenta, menos me espanto de los que, aunque no lleguen ó aporten á tan desesperado y melancólico pensamiento, á lo menos andan melancólicos con

este. ¿Qué ha de ser de mí entre tantos condenados y tan pocos santos y bienaventurados? Cuando uno solo se hubiera de condenar y los demás salvarse, era cosa temerosísima, como lo fué á los apóstoles cuando oyeron que uno dellos había de vender á su Maestro; ¿cuánto mas siendo tan pocos los que se salvan?

El primero y mas principal consuelo para esta melancolía es una de las razones della, que es haber de ser juzgados por nuestras obras; porque, si este pensamiento da pena y fatiga á un hombre pecador y contento con la miseria de sus pecados, confieso que no tiene consuelo, sino razon de desconsolarse mucho, porque sin duda le vendrá lo que teme; ni quiero saberle aunque le hubiera, porque ni en el infierno le hay, donde le esperan, ni acá quiere Dios que le haya, sino espantos que le encaminen á su conversion, que no es de las menores misericordias que Dios usa en el mundo; que para eso dice el apóstol san Pablo que los pocos que entraron en la tierra de promision eran figura de los que se salvan, y dice que fué escrito para nuestra doctrina y escarmiento de los que vivimos en el fin de los siglos; pero si son gente que, hecha penitencia, considerada la multitud y gravedad de sus pecados, y la priesa y diligencia que muchos siervos de Dios se dan á ganar el cielo, y á la poca porfia y envidia santa que ellos tienen á los que van delante, y que es Evangelio que son poquitos los que se salvan, para estos tales es el consuelo que aquí se pone, que para los malos seria nuevo desconsuelo; y es lo grande que cada uno ha de ser juzgado por sus obras, pues está en nuestra mano la libertad y ofrecido á ella el favor para hacellas buenas y merecedoras de la vida eterna. ¿Qué mayor consuelo que estar en tu mano lo que mucho temes y te desconsuela? Pues esto nos predica el mismo Evangelio que nos predica esotro, y la misma Escritura vieja y nueva. A cada uno premiará Dios segun sus obras (dice David), y san Pablo, que cada uno llevará el premio segun su trabajo; y el Evangelio dice: Si quieres entrar á la vida guarda los mandamientos.

El segundo consuelo nos da san Agustin, tratando de aquella pregunta de los apóstoles, si son pocos los que se salvan; y su respuesta dice que muchos son los que se salvan; lo cual colige de las palabras del *Apocalipsi*, que vió san Juan una gran multitud de gente de bienaventurados, la cual ninguno sino Dios pudiera contar, de todas gentes, pueblos y lenguas, que estaban ante el trono de Dios, vestidos de estolas blancas y palmas en sus manos, que es haber lavado sus obras y dádoles valor con la sangre del Cordero, como luego allí se dice, y la palma la victoria de sus trabajos y pasiones de su carne; y esto después de haber visto los ciento y cuarenta y cuatro mil de los tribus de Israel, por los cuales se entiende tambien número grande y no determinado; á lo cual podemos ayudar con lo que el Salmista dice, que los amigos de Dios los tiene él gran respeto, y que son tantos, que cuando se parase ó se atreviese él á querérfos contar, se le multiplican como la arena de la mar. Y dice mas san Agustin, que cuando la Escritura dice ó da á entender que son pocos, que lo dice en comparacion de los que se condenan, que así comparados son casi nada; y esto es lo que dice san

Juan Crisóstomo, y lo de Esaías y san Pablo; y no dicen mas las revelaciones, porque santo hay que dice que si la Iglesia hubiese de rezar de todos los santos, habia para cada dia mas de cinco mil de solos mártires, cuanto mas los que allá están sin haberse revelado á la Iglesia, que son santos. Y por eso algunos doctores, tratando de las palabras de Esaías, de los olivares y viñas, pareciéndoles sentencia muy rigurosa si se entiende de todos los hombres que han sido y serán desde el principio del mundo, dice que se entiende de los que se hallaren vivos el dia que venga al juicio, donde habrá mucha malicia y muy resfriada la caridad; y así, no es maravilla. De manera que no hay cosa que tanto deba melancolizar, ni lo de Esdras, pues hablamos con quien desea ó procura hacer lo que allí dice que no hacemos, que haciéndolo, y junto con lo que allí dice que Dios ha hecho de su parté, no hay para qué desear no haber nacido, porque en nuestra mano está hacer lo que allí dice, por donde ganaremos todos la bienaventuranza; porque, aunque sean pocos los que se han de salvar respecto de los condenados, pero muchos son, y haciendo lo que debemos serémos dellos, aunque sean pocos; y con esto queda el bueno y deseoso de salud consolado, sin que importe que lo quede el que no lo es, sino que en eso comience su desconsuelo, en que perpetuamente, si nó muda la vida, lo ha de vivir.

Pues ¿qué te melancoliza agora? Si quieres salvarte, en tu mano está con la gracia de Dios; si no quieres, ¿qué echas menos? Si piensas salvarte sin penitencia, engañaste y haces injuria á la ley de Dios y á los que la guardan. Enfádate y melancolicete tu mala vida, consuélete lo que Cristo padeció por tí, avergüencete la determinacion y alegría con que los demás caminan este camino sin tener mas prendas ni seguridad que tú, asegúrate con la palabra de Dios que te lo promete, y con lo que la santa esperanza te solicita de dentro, pues ni Dios es pobre de gloria ni escaso de ella, ni atado á tan corto número, que antes que tú llegues esté cumplido; haz lo que debes, y sírvele cumpliendo su ley con tanto amor, que cuando él se hubiese servido y tú te quedases fuera de su gloria (que no quedarás si le sirves), quedés contento con haber hecho el deber á lo que prometiste y profesas y él merece, que no fuera poca gloria, cuando otra faltara (que no faltará), pues está tu esperanza á tan firme y fuerte palabra arrimada.

DISCURSO X.

De los consuelos para los que se afligen con la duda de su predestinacion.

Aunque, como en el discurso pasado queda dicho, la materia dél y la deste sean muy parecidas, porque lo mismo es tratar de cuán pocos se salvan y de cuán pocos son los predestinados, pues solos ellos se salvan, y la misma tristeza y desconsuelo da lo uno que lo otro; pero todavía se trata con particulares razones lo uno y lo otro, porque bien pudieran ser pocos los predestinados y salvarse en nuestro tiempo muchos dellos, y al revés, y la pena de la duda de la predestinacion parece tener el remedio mas imposible; pero como quiera que sea, conviene tratarse lo que á ella toca en este discurso, porque hay algunos que se afligen mucho pensando

si están sus nombres escritos en aquel libro cerrado con los siete sellos del *Apocalipsi*; y con este pensamiento aliojan unos en el servicio de Dios, diciendo que ¿de qué sirve obrar si están ya allí otros? que ¿qué aprovecha matarse si no lo están? especialmente con lo que ellos mas entienden, que es la presciencia de Dios, la cual se les entiende ser infalible y cierta; y aunque se les diga y ellos sientan quedarles libertad en su albedrío, no acaban de entender cómo la tengan, supuesta la sciencia de Dios, que no puede faltar; porque algunas cosas de nuestra santa fe tienen esto, que apartadas cada una por sí se entienden, y juntas no tan bien, como tres y uno en la Trinidad, Dios y hombre, madre y virgen; así sciencia infalible de Dios, en lo que ha de ser de mí bien se entiende por sí, y así mesmo la libertad de mi albedrío; pero junto uno y otro se les hace difícil; y así, se arriman á lo que Dios sabe, aunque de predestinacion no alcancen lo que los sabios, los cuales, aun después de bien sabido lo que de ello hay escrito, suelen dar principio á sus tristezas y melancolías, sabiendo que hay número certísimo de quién y cuántos son predestinados para la bienaventuranza, y que para ello ni hubo favor ni hay mudar la lista, ni bastarán lágrimas ni ruegos para quitar ni añadir en aquel libro una sola persona á las que solo Dios sabe que hay; lo cual dejó Dios tan oscuro y tan reservado á sola su infinita sabiduría, porque aun así vivimos con tan poco recato y cuidado de cosa que tanto importa, como ser de los que les cabrán los mayores bienes, ó de los que los mayores males de cuantos hay criados, sin remedio ni esperanza dél para siempre jamás; ¿qué hiciera si cada uno supiera su suerte desde luego? Pero aunque tenga este secreto su buen por qué, no deja de poner en cuidado á los hombres y atormentar su alma cuando profundamente consideran que está ya comodada su sentencia última, á su parecer, sin que se haya tomado consulta con sus obras.

El consuelo desta congoja y aflicion no lo tomaremos de lo que parece decir san Jerónimo en algunos lugares, que todos los que tienen fe y son cristianos son los predestinados, y solos ellos; que si esto fuera verdad era harto consuelo para los que la tenemos; pero, demás de ser esto error grande y muy vecino á los herejes, que dicen que sola la fe basta para la salvacion, á san Jerónimo no le pasó por pensamiento tener ni enseñar tal falsedad, porque en los lugares que lo dice ó parece decirlo, habla y refiere sentencias de otros, como el tiene de costumbre, para sacar en limpio las verdades. Lo cual parece porque lo contrario desto tiene el por tal en otros muchos lugares, donde enseña claramente que los malos y réprobos, aunque sean cristianos, irán al infierno; y si nó, dime, ¿de dónde le nacian á este glorioso santo aquellos tan terribles miedos en medio de tan áspera penitencia, que decia que cualquier sonido, aunque fuese el de los platos cuando comia, pensaba que era la trompeta del cielo que llamaba á juicio, si sentia que todos los fieles eran predestinados, siendo él dellos? Lo cual quede dicho, porque si alguno encontrare alguno de los primeros lugares entienda su sentencia católica deste santo por estotros, donde habla enseñando, y no por sentencia de otros.

Antes del verdadero consuelo querria dar un consejo, así á letrados como á la gente que no lo es, y aun quisiera convertir en él el consuelo; y es, que no reparen en averiguar cosas tan antiguas y tan secretas del pecho de Dios, que él guardó y reservó para sí, sin querer dar parté á hombres, ángeles ni bienaventurados; sino que, entendida la voluntad de Dios, sabida su ley y la misericordia con que nos llama, convida y aun amenaza si no venimos á su gracia y gloria, andemos este camino y obremos sus mandamientos, fiados de su palabra y misericordia, pues ni puede creerse que nos engañe ni él arrisca algun interés en engañarnos. Gran loco seria el que, yendo á pié algun camino con gran fiesta, llegase á una fuente al pié de una sierra, fresca, clara, que parece que se viene á los ojos y convida con su frescura y refrigerio, sin estorbo de nadie, y él con toda su sed y cansancio no quisiese beber y refrescarse hasta saber dónde nace aquella fuente, y en qué peñas y por qué mineros viene, mayormente viendo que otros gozan de aquel bien sin esos cuidados ni curiosidades; lo mesmo puede juzgarse de un hombre que, cargado de miserias, caminando por este valle de lágrimas, necesitado del socorro del cielo, sin haber otro en la redondez de la tierra ni fuera della, y hallando una fuente de gracia, sacramentos, doctrina, consuelos, manjares, etc., se desconsuele y no quiera el refresco tan hermoso y rico sin saber primero la primera fuente de secreto de la predestinacion.

Lo segundo, cuanto toca á la presciencia y á la mesma predestinacion, sea lo que fuere, se advierta que ninguna fuerza nos hace para el mal, ni ninguna nos quita ni favor nos niega para el bien; antes nos esfuerza Dios á todos convidándonos con su favor y desengañándonos que sin él no podemos nada. Si pasase una procesion por una calle, el que desde una muy alta ventana la mirase, no por ver los que vienen atrás los hace fuerza á que anden y pasen delante; así Dios, que desde su eternidad mira nuestros tiempos, que á sus ojos están presentes, con los pasados y porvenir, y sabe y ve al Antecristo antes que venga, sin hacerle fuerza que venga ni sea malo, pero para ver cuán ignorante es el que hace aquella razon de que ya sabe Dios lo que ha de ser de mí, y que así no hay para qué fatigarme por obrar. Si dijese esto el que ha de sembrar, pelear, caminar, etc., lo mesmo podrás decir y pensar si Dios no lo supiese. Finge que no hay Dios que lo sepa, sino que todas las cosas están encaminadas á sus fines como salieren. Ya se sabe si habrá trigo ó no lo habrá, que ha de ser uno ó otro al cabo, al cabo. Pues, que lo haya de haber que nó, ¿para qué es trabajar y sembrar? Porque, si lo ha de haber, ¿para qué se trabaja en sementeras? y si nó, mucho menos. Pero el cuerdo responde que lo habrá si sembrares, y si nó, no; y eso se responde á lo que sabe Dios. Pero entrado mas adelante al secreto de la predestinacion, porque dice eleccion de Dios para los que se han de salvar, pone los hombres en mas cuidado, ¿qué se yo si soy de los escogidos ó de los despididos y reprobados? Si todos hiciésemos esa cuenta, no habria hombre consolado ni esforzado para obrar. El consuelo es que en mi mano está el salvarme; porque por una parte yo leo que Dios no quiere la muerte del pecador,

y que así lo tiene, no solo dicho de su boca, que esto sobra, sino jurado por los profetas; leo que quiere que todos se salven, leo que en cualquiera hora que gimiere el pecador no se acordará Dios de sus pecados, por muchos y graves que sean; y si no se acuerda, no le condenará por ellos, que eso es no acordarse; leo que no tiene Dios acepción de personas, sino que en cualquier gente el que hace su voluntad es su amigo y con derecho á la vida eterna; leo en san Pedro que Dios usa de paciencia con los pecadores, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan á él por la penitencia; y que el que venciere no le borrará del libro de la vida, y otros mil lugares que para declarar su voluntad y deseo hizo poner en la sagrada Escritura y predicarlo á los predicadores. Por otra parte, veo mi libertad y facilidad del camino por do se alcanza la gloria, y creo el favor para vencer la dificultad. Para esto hay libertad en mí y licencia, y aun deseo de Dios, y aun amenazas si no lo procuro; ¿qué se me da á mí de sus secretos eternos, que ni entiendo ni él quiso que yo entendiese? Todo esto nos enseñó aquella santa mujer Sara, mujer de Tobías, en aquella devota oración que hizo á Dios, donde entre otras dice estas palabras: Señor, no está en nuestra mano vuestro eterno consejo; pero esto tiene por cierto el que te conoce y sirve, que si su vida estuviere en probación (que es en exámen y aprobación) será coronada, si en tribulación estuviere será librada, y si estuviere en pecados y penitencia, tiene licencia y podrá venir á tu misericordia. Esta es la cuenta que el cristiano ha de hacer. Yo no sé, ni me pertenece saber, el consejo de Dios cerca de los bienaventurados, sino procurar yo de ser uno dellos por el camino que la fe me enseña, y este es confiar en Dios, que me premiará mis obras y me librará de mis tribulaciones y me perdonará mis pecados si hiciere penitencia, y tras esto, obrar guardando en todo su ley; si esto hay será salvo; ¿qué se me da á mí de todo lo que él no dijo ni yo entiendo? Yo veo que él lo promete y puede cumplirlo, y debe á quien es no faltar en lo que promete y jura; veo que puedo cumplir con su gracia lo que me manda, y sé que el día de la cuenta no dice que me condenará porque no me predestinó, sino porque no obré lo que me mandó; ni que me salvará solo por ser predestinado, aunque esto es necesario serlo, sino por las obras que hobiere hecho; lo demás ¿qué importa para lo que yo tengo de hacer? Y cuando venga el fin de tu vida, si has sido malo y quebrantado su santa ley, no tienes que quejarte que no te predestinaron. Si guardaste bien esta y mueres en amistad de Dios, sin duda recibirás en premio la gloria. Y cuando, habiendo hecho todo esto, se pudiese creer ó imaginar de tan buen Dios que no cumpliera su palabra y te condenase, ¿qué mas gloria y satisfacción desearás que haber convencido á Dios que heciste tú el deber, aunque él no te lo premiase? Cuanto mas que, no solo es fidelísimo aquel Señor en cumplir su palabra en favor del que á él se convierte, mas si alguna parece haber quebrantado, es la que significa amenaza y castigo, aunque no traiga condicion de penitencia, sino que se haya pronunciado la sentencia sin esa condicion; cuyo ejemplo es de los de Ninive, aunque no se les predicó que hiciesen penitencia, sino lla-

namente que habian de ser destruidos, los perdonó Dios, y aun reprehendió al Profeta porque volvía por la honra de su palabra y profecía, porque no la mostraba estimar Dios en tanto cuanto perdonar los pecadores arrepentidos. Y habiendo dicho en el Evangelio resolutamente que quien le negase delante de los hombres él le negaría delante su Padre, cuando san Pedro le negó la noche de la pasión, no solo le perdonó haciendo penitencia, mas aun le miró para que la hiciese; mira cuán lejos está Dios de cerrarte la puerta del cielo y enviarte tu gloria, pues por tantos caminos te la busca. Y si no, dame uno que haya hecho el deber, que no haya sido premiado, ó ¿qué fruto sacaría Dios de no querer llevarte á su gloria si la mereciste, habiéndote dado tantas palabras y convidado con tantos halagos y promesas?

Y porque de todas partes tengas consuelo, puedes pensar que eres del número de los predestinados, aunque Dios te revelase lo contrario, que entonces habias de entender que era ó amenaza ó otra cosa que no te cortase las esperanzas del cielo; pero los que nacemos y nos criamos con la leche de la Iglesia y perseveramos en ella con firme voluntad, mayormente los que con deseo oímos la palabra de Dios y continuamos sus sacramentos, los que padecemos trabajos con paciencia y andamos solícitos de nuestra salud, gran confianza hemos de tener que somos de los escogidos. Y para tener esto por algun consuelo, basta ser opinion de algunos graves doctores; que aunque de todos los hombres del mundo los menos son los que se salvan, pero de los fieles que están dentro de la Iglesia los menos son los que se condenan. Esta opinion parece tener el bienaventurado san Juan Damasceno, aunque habla con alguna oscuridad; tiénela Silvestro en la *Rosa áurea* por probable, y el doctísimo maestro fray Francisco de Cristo, agustino, catedrático de Coimbra; Cartagena en sus discursos, y otros. Y dejadas otras razones que ellos traen, la experiencia nos enseña que entre cristianos los mas son los que mueren confesando á Dios y pidiéndole misericordia y perdón de sus pecados, pidiendo y recibiendo los santos sacramentos con señales de dolor de haber ofendido á Dios, á lo menos cual se requiere, y basta con el sacramento de la penitencia que reciben y los demás; y por otra parte, vemos ser muy pocos los que mueren con señales de condenación, ni son muchos los que mueren súbitamente ni blasfemando, sino los que no mueren en su juicio. De donde se conjetura piadosamente que deben ser entre cristianos los mas los que se salvan y los menos los que se condenan. Lo cual parece tambien por esta comparación: cuando se levanta una obra de un gran templo (como la que agora se levanta en el de Granada, donde esto se escribe), para el cual se labra mucho material de piedra y madera, al que preguntase de qué piedra ó madera se había de hacer aquel templo, cualquiera podría responder que aquellas piedras y maderos que allí se están labrando se han escogido y traído para eso, aunque algunas saldrán quebradas y algunos de los maderos podridos, aunque los menos; pero que la piedra y madera que faltaba para acabar aquella obra, no sabe de qué pinares ó cañteras se había de traer. Así podemos pensar que to-

dos los cristianos nos estamos labrando para ser piedras del edificio de aquella ciudad santa de Jerusalem, la del cielo, en el taller de la Iglesia (como ella canta en un himno), con ayunos, oraciones, diciplinas, sacramentos, afliciones y trabajos, y que algunos saldrán quebrados ó podridos, inútiles, aunque los menos, y así, no se salvarán; y que los que Dios tiene por traer á su Iglesia de fuera della, no sabemos quién ni cuántos, ni si serán de las Indias ó de los judíos ó de los moros, porque este secreto para sí le tiene reservado. Este consuelo, aunque se funda en sola opinion, no deja de ser de algun alivio y consuelo para el cristiano que deste pensamiento suele melancolizarse, si quiera pensar que hay algun doctor que así lo sienta; pero no por eso tomes tú de aquí ocasion para dar en otro extremo de demasiada confianza y flojedad; antes, en medio de los temores y confianzas demasiadas, procura hacer buenas obras, porque sin ellas no podrás alcanzar el fin de la predestinación en que así confíares; siguiendo el consejo del apóstol san Pedro cuando dice: Hermanos, trabajad de hacer, mediante las buenas obras, cierta vuestra vocación y predestinación. En las cuales palabras, para quitar tu melancolía, habla contigo y con todos de su predestinación sin diferencia; y para corregir la demasiada confianza, dice que trabajajes de aseguralla con buenas obras.

DISCURSO XI.

Del consuelo en el último y mas terrible trance y trabajo, que es la muerte.

Llegado hemos al mayor mal de los males de pena desta vida, para quien parece hallar un hombre cerradas todas las puertas del consuelo, que es la muerte; porque si á los menores y particulares hemos buscado los suyos, si la muerte del deudo ó amigo requiere consuelo, ¿qué hará la propia, que duele mas? Si la ceguedad, destierro, pobreza, enfermedad, ¿qué será donde se junta todo, pues todo lo de acá se acaba con la muerte? Por eso la pusimos entre los demás trabajos que requieren consuelo, pues ella lo es tan grande, que no solo la misma muerte, que esta no tiene acá consuelo, pues luego se le ha de dar en ella ó perder la esperanza dél para siempre, sino la memoria sola de que hemos de morir; y esto no para cualquier memoria, pues aunque cada día nos la despierte Dios con todas las cosas que se acaban y con la muerte de otros, que para eso ordenó su providencia que no muriésemos todos juntos, porque unos á otros nos tirásemos de la falda, la Iglesia con sus oficios y campanas, y el cielo y la naturaleza con sus movimientos, generaciones y corrupciones; con todo eso, hay tan poco desconsuelo con este pensamiento, que mas necesidad tiene el mundo de espantos nuevos, y de atemorizar y melancolizar á los hombres y sacillos de su desprecio y olvido que de consolallos; lo cual en los primeros años de la Iglesia era muy al revés, que el pensamiento de la muerte los paraba tristes y marchitos. Y por eso la Iglesia en las epístolas y evangelios del oficio de difuntos ponía los consuelos de la sagrada Escritura, los cuales duran hasta ahora. Así que, para estos descuidados no había necesidad deste discurso, sino para los que en la enfermedad están des-

hauciados de los médicos ó los que tienen sentencia de muerte, que por las justicias se ha de ejecutar, porque suele á algunos tomarles este pensamiento el corazón, de suerte que apenas están atentos á lo que se les dice; cuya razón es de Eusebio Emiseno, porque al pobre pensamiento hasta entonces no le han dejado decir su razón los negocios del mundo, y agora, como ellos se fueron, se apodera del corazón á su placer, y parece que deja, en entrando, atrancadas las puertas para que no pueda otro entrar, aunque sea de consejo y traza para hacer lo que conviene; el cual es de tanta fuerza, que en una noche se ha visto encanecer un caballero que otro día había de morir degollado, y un ahorcado hubo (dice san Juan Crisóstomo) que, librado de la muerte, después juró que no daría señas por qué calles le habían llevado ni si había encontrado gente, etc.: tan enajenado iba cuando lo llevaban á morir; y no hay que buscar ejemplos, pues el Redentor del mundo, con el pensamiento de lo que otro día había de pasar, se quiso necesitar, lleno de temor y tristeza, del consuelo de un ángel y de sus discípulos, que aquella hora dormían descuidados, no teniendo tantas causas como nosotros de temer y desconsolarse aun en cuanto hombre; las cuales serán bien que digamos, para que mas cumplido se dé después el consuelo.

§. I.

De cuatro razones de desconsuelo que suelen mover á tristeza á los que mueren.

No todos en la muerte tienen la mesma razón de desconsuelo: unos tienen unas, otros otras, otros todas; unos hay que ponen los ojos en que se ven deshacer el compuesto de su persona, dado que el alma no se deshaga ni muera; pero el cuerpo va á ser podrido y manjar de gusanos, que es una pena natural que todas las cosas tienen y la huyen, aunque no sean sensibles, y esta es la razón de que todas las cosas, cada una en su tanto, procura su conservación, como Ciceron dice; pero mas el hombre, que conoce su ser y su dignidad, y como en él están todas las naturalezas criadas, así espirituales como corporales, pues entiende con los ángeles, siente con los animales y crece con las plantas, y tiene cuerpo con las piedras, etc.; y todo con mas perfección que fuera dél está; porque esta les viene de la compañía con el entendimiento. Cosa es que da parte de melancolía pensar que se deshace, como yo vi á un gran médico con ella, por esta razón, al tiempo de su muerte. Fuera de eso, aquella tan dulce y tan antigua compañía de cuerpo y alma, que tan juntos han andado desde la niñez, tan concertados y tan á una, que ambos trabajan cada uno por su parte por conservarse juntos, y no solo los hombres, que gustan de esta vida con olvido de la otra; pero los santos, que saben sus peleas y que son dos tan contrarias naturalezas. San Pablo, con saber que si se deshace esta casa de tierra tenemos otra en los cielos, no hecha por manos de hombres, sabiendo cuánta pena le daba vivir en este cuerpo, que sentía otra ley repugnante á la de su alma, etc., que se le iba á las barbas; con todo, dice que no quería que le desnudasen, sino que le vistiesen la otra sobre esta vida: tanto lo temía; y no es mucho que dos naturalezas, aunque